

Capítulo 1

La archivística, ciencia de la administración y la información

La evolución de la archivística a lo largo de la historia ha sido azarosa y ha estado plagada de obstáculos. Los primeros depósitos de archivos -en realidad, almacenes de papel colocado sin orden ni concierto- han ido experimentando una notable mejoría, paralela a la tecnificación de la profesión. Un oficio de cariz claramente práctico, en el que los documentos se valoran de acuerdo con su utilidad administrativa y jurídica, se convierte en una ciencia interdisciplinaria, en la medida en que los archiveros también se implican en la preservación y explotación de los documentos con finalidades culturales. La asunción de los principios de la gestión de documentos en tanto que postulados íntimamente imbricados en la práctica archivística, el desarrollo de escuelas de formación específica y el arraigo definitivo de un cuerpo teórico sólido señalan la mayoría de edad de la profesión.

Según el Consejo Internacional de Archivos, la palabra archivo tiene fundamentalmente tres acepciones:

- 1) Conjunto de documentos, sea cual sea su fecha, forma y soporte material, producidos o recibidos por cualquier persona física o moral, y por cualquier servicio u organismo público o privado en el ejercicio de su actividad, conservados por su productor o sus sucesores para sus propias necesidades, o bien transferidos a la institución de archivos competente según el valor archivístico.
- 2) Institución responsable de la reunión, el tratamiento, el inventario, la conservación y la comunicación de los archivos, también denominada *servicio de archivo* (o *archivos*).
- 3) Edificio o parte de un edificio donde se conservan y comunican los archivos, denominado también *depósito de archivos*.

Los archivos son, en definitiva, el conjunto de documentos recibidos o producidos por las personas físicas y jurídicas, públicas o privadas, como resultado de su actividad, y organizados y conservados para utilizarlos en la gestión administrativa, la información, la investigación y la cultura. Los archivos también son las instituciones responsables de velar por esta documentación, así como el espacio físico donde se conserva adecuadamente para garantizar su accesibilidad, preservación y uso.

En cuanto a la concepción del papel que debería ejercer la archivística, hay dos elementos que son, en gran parte, la causa de la falta de "presencia" y "visibilidad" de la profesión, y de sus técnicas a lo largo de los siglos. En primer lugar, su lenta, aunque sólida, evolución desde la perspectiva de un oficio marcadamente práctico a una ciencia de fuerte componente interdisciplinario. En segundo lugar, el emplazamiento unívoco y unidimensional de la función archivística, a menudo de manera alterna y en términos de contradicción irresuelta, en uno de los dos ámbitos que hoy día definen más claramente su potencialidad: la función histórico-cultural y la función jurídico-administrativa.

La atribución de la función archivística a un ámbito o a otro ha tenido una repercusión inmediata en el perfil del profesional, que curiosamente sólo ha tenido éxito en mostrar a la sociedad su vertiente de historiador -aquella que, precisamente, se percibe como parcial y debilitadora de una visión amplia e integral de la función archivística- y ha tenido graves dificultades para definir un perfil propio cuando se trata de hacer valer la globalidad y la transversalidad de la profesión.

En consecuencia, la transición de la archivística ha sido un proceso lento y complicado. Ha pasado de unos postulados que le conferían el monopolio -aunque de forma alterna- de velar por los tesoros documentales o los instrumentos jurídicos, a la asunción de su papel fundamental en las políticas de gestión de la información en las administraciones públicas y la empresa privada. A partir de la década de los años ochenta del siglo xx, la creciente sensibilización de la Administración por todo lo que estuviera encaminado a conseguir materializar los principios de eficiencia y eficacia -y, sobre todo, la convicción de las asociaciones profesionales y los responsables de los archivos y su pedagogía- hizo que se produjera un cambio de mentalidad, que se refleja en la imposición lenta y gradual de una visión integrada ora de la archivística.

Esta decidida intervención en la Administración Pública y la empresa privada dentro del marco de la sociedad de la información significa participar activamen-

te en el diseño de los formularios y los procesos administrativos, en la decisión de los soportes de trabajo (papel, microformas, soportes magnéticos y ópticos), en la formulación de los programas de informatización de las funciones administrativas y de tratamiento de los documentos electrónicos, en las políticas de descripción y acceso a la información, en la ejecución de planes de mejora de la calidad y, fundamentalmente, en la formalización de los programas de evaluación y eliminación de los documentos y la información (calendarios de conservación), y de preservación de la información esencial con finalidades administrativas, jurídicas, testimoniales, informativas e históricas.

En un sentido más amplio, los cambios experimentados en los últimos años denotan la irrupción de una nueva dimensión de la archivística, ya que han aportado un valor añadido a las funciones asumidas secularmente como propias de la archivística.

Entre las nuevas funciones que se atribuyen a la archivística destacan las siguientes:

- a) La potente formulación del concepto de libre acceso a la información en tanto que derecho constitucional básico.
- b) El revulsivo derivado de la integración de las tecnologías de la información en el tratamiento y la difusión de la información de los archivos y, paralelamente, en los esfuerzos dedicados a la estandarización y normalización de la descripción.
- c) La expansión de la archivística en el ámbito de la gestión y el tratamiento de los documentos administrativos, así como en el sector de la función educativa y cultural, sin olvidar el aumento del campo de acción en la variada tipología de fondos y archivos.
- d) La utilización de las nuevas técnicas de difusión y *marketing* que deben permitir proyectar los archivos en la sociedad y promover el acercamiento de los denominados "nuevos usuarios de los archivos".

1. La archivística, una ciencia interdisciplinaria

La evolución de la archivística desde un posicionamiento eminentemente práctico a la consecución de su carácter científico culmina a mediados del siglo XIX. En

este momento se formulan los principios esenciales -los de procedencia y respeto al orden primitivo-, aparecen las primeras compilaciones doctrinales con reflexiones teóricas globales y se ponen en marcha las escuelas específicas de

formación. Por primera vez la profesión se incorpora al elenco de las ciencias, dado que tiene un objeto claro y preciso de actuación -los archivos-, con una metodología propia -la archivística- que aporta una serie de conocimientos reunidos sistemáticamente, una finalidad precisa -la conservación y la recuperación de la información-, un ámbito de investigación y estudio bien definido y, finalmente, una personalidad propia, fruto de haber conseguido un carácter interdisciplinario y transversal.

"Por tanto, el nacimiento de la archivística como ciencia coincide con la difusión de las corrientes de pensamiento que contribuyeron a la transformación de la sociedad feudal. Entroncando con una mayor toma de conciencia del hecho nacional, aparece entonces el concepto de soberanía, así como los principios básicos de responsabilidad, garantía y justicia de la Administración hacia el administrado. En nuestro sector, los cambios obrados se materializaron en los procesos desamortizadores y la desaparición de muchos organismos propios del Antiguo Régimen, que pusieron en manos del Estado una ingente masa documental, y en la expansión de la estructura orgánica y administrativa de los gobiernos, que asumen ahora las funciones de sanidad, educación o economía, depositadas antes en manos privadas, preferentemente de la Iglesia."

R. Alberch; J. Borrás; L. Pagarolas; R. Perpinya (1998, pág. 276).

Paralelamente, la apertura de los archivos nacionales y la posibilidad de acceder por primera vez a grandes volúmenes de documentación antigua potencian la función histórica en detrimento, muchas veces, de la clásica inserción de los archivos en los engranajes jurídico-administrativos de las instituciones. Este desequilibrio, que limitaba la consolidación científica de la archivística, se superó a partir de la Segunda Guerra Mundial por la creciente integración de la archivística en las tecnologías y los nuevos soportes, y por la necesidad de poner orden a un imparable crecimiento de la burocracia y la producción documental.

Así, la cohesión de los dos ámbitos tradicionales de preocupación de la archivística permite consolidar los principios de la profesión, internacionalizándolos y homologándolos, otorgar un formidable impulso a la producción teórica y a

las experiencias prácticas, promover la apertura de nuevos campos de actuación y sentar las bases para superar la dicotomía archivos administrativos / archivos históricos, mediante la asunción de una concepción global de la gestión de los documentos desde el momento en que se generan en las oficinas hasta que ingresan en las instituciones archivísticas.

En síntesis, en la actualidad es comúnmente aceptado el hecho de que la archivística actúa en dos ámbitos distintos, pero absolutamente complementarios: por un lado} el nivel teórico} que comprende la historia} el objeto, el ámbito de actuación (archivos y documentos) y el método reflejado en la obtención de un conjunto estable de principios, normas y terminología; por otro lado} el nivel práctico} que es el resultado de la continua aplicación de un conjunto de técnicas y procedimientos para la organización, conservación y difusión de los documentos y la información.

En este sentido, la pluralidad de las funciones que asume esta archivística emergente se encuentra en la base de su inevitable interdisciplinariedad. Una actuación global y transversal en el mundo de la Administración y la empresa} con documentos antiguos y modernos, con el recurso imprescindible a las modernas tecnologías y los nuevos soportes} y en un contexto jurídico-administrativo preciso, hace que la archivística deba construir un discurso variado y estructurado mediante el recurso a disciplinas propias de las ciencias de la administración} las ciencias de la información y las ciencias auxiliares de la historia.

En concreto, la archivística posee un núcleo específico de técnicas y procedimientos} pero, a la vez} bebe de las fuentes del derecho administrativo, el régimen jurídico y la historia general y de las instituciones. Asimismo, aplica filosofías relacionadas con la conservación física de los soportes y las técnicas de difusión y *marketing* comunes en el mundo del patrimonio cultural, comparte con las ciencias de la información y la documentación las problemáticas derivadas de una recuperación rápida y eficiente de la información, debe usar con profusión las tecnologías de la información y la comunicación y, sobre todo, mantiene un estrecho vínculo con las ciencias y las técnicas historiográficas} especialmente la diplomática} la paleografía y el latín documental y también con otras ciencias auxiliares como la sigilografía, la genealogía} la heráldica, la cronología, la papirología} la numismática, la criptografía y la epigrafía.

2. Archivos, bibliotecas, museos y centros de documentación

La posibilidad de armonizar las distintas disciplinas que configuran el ámbito de las ciencias de la administración, las ciencias de la información y la documentación, y las ciencias del patrimonio cultural ha generado un profundo debate que, a estas alturas, todavía se encuentra sin resolver. Así como las diferencias entre los archivos y los museos son obvias, y las coincidencias se concretan en temas vinculados a la difusión y a las técnicas de exposición y *marketing*, la consideración objetiva de las diferencias y coincidencias entre la archivística, la biblioteconomía y la documentación requiere una cuidada sistematización para ir más allá de la retórica simplificadora que tiende a cobijar estos sectores bajo el paraguas omnipresente de la información.

Tomando como referente las directrices provenientes de la Asociación de Archiveros de Cataluña en los materiales elaborados para la reivindicación de una licenciatura universitaria en archivística en el año 1998, los elementos diferenciadores de estas tres disciplinas se concretan en tres grandes bloques: la génesis o reunión de los documentos, su tratamiento y el objeto básico de atención.

1) *Génesis o reunión de los documentos*. Una característica acusada de la función archivística es la génesis o reunión de los documentos, expresada en el concepto *fondo de archivo* como resultado de la actuación espontánea de una institución, mientras que el concepto *colección de libros* es el resultado de una necesidad o demanda social, y el concepto *deselección de la información*, finalmente, es inherente a la función de un centro de documentación. En estos dos últimos casos el proceso de reunión de los materiales es artificial.

Continuando con la génesis de los documentos, es evidente que en el caso de los archivos es fruto de una relación con el organismo productor en el marco de la Administración Pública o la empresa privada, mientras que las bibliotecas y los centros de documentación crecen mediante la adquisición, intercambio o donación de los materiales que les son propios. En este sentido, el archivo es consustancial a la actividad de los individuos y las instituciones, y de ello se deduce la inevitabilidad de su existencia. El archivo nace espontáneamente como sedimentación documental de una actividad práctica, administrativa o jurídica,

mientras que las bibliotecas y los centros de documentación surgen de las necesidades sociales, las demandas ciudadanas y las decisiones políticas, y comportan una evidente voluntad de crearlos.

2) *Tratamiento de la documentación*. A pesar de la tendencia actual a la homogeneización y estandarización de las normas, aún persisten unas diferencias muy importantes que se justifican en la distinta génesis y tipología de los materiales objeto e la respectiva atención. Así, la archivística se ocupa de una gran disparidad de documentos y de la consiguiente necesidad de crear sistemas de clasificación propios y específicos, de acuerdo con el tipo de fondo y la dificultad de aplicar sistemas universales válidos para todas las tipologías de fondos y archivos. Contrariamente, la homogeneidad del objeto propio de la atención de la biblioteconomía y la documentación les permite aplicar sistemas universales de clasificación.

En cuanto a la evaluación y selección de la información, en el caso de la archivística se trata de un proceso complejo que se ejecuta después de la recogida de documentos, mientras que la evaluación se lleva a cabo en un contexto de valoración administrativa, fiscal, legal, testimonial e informativa, y con la finalidad de conservar permanentemente los documentos. En las bibliotecas y centros de documentación, en cambio, el proceso de selección es simple y se realiza previamente, según las demandas del usuario y para facilitarle la búsqueda. La descripción presenta también algunas diferencias: en los archivos se puede hacer en muchos niveles (fondo, sección, serie, unidad documental), según el tipo de agrupación de que se trate; en el caso de las bibliotecas y los centros de documentación, se hace en un único nivel, como resultado de análisis individualizados.

La modalidad de acceso también es un elemento distintivo: en los archivos comporta una fuerte carga jurídica (restricciones, plazos, normativa legal), mientras que en el resto de los equipamientos es directo, sin problemáticas legales específicas, dada la característica de los materiales que conservan (libros, revistas y otras publicaciones, etc.). En cuanto a la formación, ya hemos señalado que la archivística es una ciencia interdisciplinaria; los bibliotecarios y los

documentalistas requieren una formación más técnica.

3) *Objeto básico de atención.* Finalmente, el tercer gran bloque de diferencias reside en el objeto de las respectivas disciplinas, que en la archivística es el *documento*; en la biblioteconomía, el *libro*, y en el documentalismo, el *documento científico*. Asimismo, el documento de archivo es producto de una acción continua y forma parte de una secuencia de producción documental, al mismo tiempo que refleja las fun-

ciones y actividades de los individuos y las instituciones que lo han generado. Por el contrario, el objeto de la biblioteconomía responde a una unidad de concepción individual e independiente, y tiene el objetivo de relatar, informar e instruir.

"El archivo no es el resultado de una reunión de elementos de distintas procedencias que puedan formar una colección, sino al contrario, de elementos que no tienen una existencia independiente, integrados dentro de una estructura global de documentación que es esencial para comprender su significado. No existe, por tanto, el carácter de individualidad del documento, sino que éste únicamente adquiere su significación cuando se pone en relación con el conjunto documental de donde procede, expresado en el principio de respeto del fondo."

R. Alberch;]. Boadas (1989, pág. 47-48).

Este principio queda perfectamente ilustrado con el ejemplo que aporta el archivero inglés H. Jenkinson, cuando señala que un documento extraído del fondo de un archivo no puede expresar por sí mismo más de lo que haría un hueso separado del esqueleto de un animal extinguido y desconocido. En último término, la diferencia más sustancial reside en el hecho de que el documento es único e irrepetible en su originalidad, mientras que el objeto de la biblioteconomía es múltiple} con todas las derivaciones jurídicas} de conservación y acceso que supone dicha diferencia.

Hay que convenir que también se da un notable conjunto de coincidencias que favorecen proyectos de colaboración e intercambio de información y experiencias. Se trata, fundamentalmente, de las políticas de información y difusión (exposiciones, publicaciones, etc.) de conservación y restauración de los documentos y libros y, especialmente, de todas las problemáticas derivadas de la aplicación de las tecnologías de la información y la comunicación. Asimismo, nuevas tendencias exógenas a estas profesiones plantean la colaboración en problemáticas comunes} como la implantación de planes de calidad} el reto derivado de alcanzar nuevas formas de comunicación con los usuarios y la apuesta de futuro que comporta el tratamiento y la perdurabilidad de los documentos electrónicos. En Francia, la voluntad de avanzar en programas de colaboración dio lugar a que, en el año 1992} se crease la asociación ABCD (sigla correspondiente a archiveros} bibliotecarios, conservadores y documentalistas) para favorecer las sinergias entre estas diferentes profesiones.

3. El perfil de los profesionales de los archivos

Aceptado el carácter amplio y polivalente de la función archivística, es evidente que el perfil de los profesionales debe responder a una gran pluralidad de intereses en el contexto de organizaciones de dimensiones y objetivos bien diferenciados. Así, y en primer lugar, hay que superar una visión unipersonal del servicio de archivo y avanzar en la línea de diversificar su perfil profesional en sintonía con el enriquecimiento de sus funciones.

La descripción de las funciones del director o responsable, de los técnicos superiores archiveros, de los técnicos superiores especialistas, de los técnicos medios generalistas y especialistas y, en otro nivel, de los administrativos, auxiliares y subalternos, refleja la necesidad de definir sus características y procurar su formación adecuada. En este sentido, parece evidente la necesidad de formalizar en el ámbito teórico, práctico y formativo la existencia de dos tipologías de profesionales: los *generalistas* o *polivalentes* y los *especialistas* o *expertos*.

El debate entre la necesidad de archiveros generalistas o especialistas -con unas consecuencias de gran influencia en el mundo de la formación- va íntimamente relacionado con la rápida evolución que ha experimentado la profesión en los

últimos decenios, hasta el punto de superar ampliamente el modelo de archivero-historiador o archivero-erudito consolidado a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y que hasta fechas muy recientes había resuelto de manera satisfactoria los requerimientos y los retos que se planteaban en la profesión. Así, pues, desde el momento en que la función archivística se enriquece y diversifica, no sólo entra en crisis el modelo de archivero clásico, sino que también se empiezan a debatir el perfil y las características que debería acreditar a un archivero generalista para, al menos en teoría, ser capaz de afrontar una gran polivalencia de temas derivados de la transformación de la profesión y de la creciente complejidad de las estructuras archivísticas.

En primer lugar, cabe señalar que la formación archivística ha tendido tradicionalmente a capacitar a archiveros generalistas, pero con el inconveniente, desde la perspectiva actual, de incentivar una formación con un perfil marcadamente erudito. Con todo, debemos remarcar que el modelo de archivero-erudito de la segunda mitad del siglo XIX era la respuesta, y además

con resultados plenamente satisfactorios, a las necesidades y exigencias de la archivística del momento. Actualmente, el modelo de archivero generalista, cada vez menos orientado a una formación exclusivamente centrada en los fondos históricos, se encuentra perfectamente integrado en las administraciones de tipo medio, donde resuelve de forma eficiente una serie de exigencias y necesidades de carácter forzosamente globales.

Esta percepción del archivero generalista como un profesional "todo terreno" ha reafirmado -a menudo con el visto bueno del archivero, obligado a adoptar una actitud pragmática para conseguir el consenso y evidenciar su utilidad en la organización-la voluntad política de adscribir al archivo otras funciones como el servicio de publicaciones, la organización de exposiciones, las relaciones con las entidades culturales y los centros de estudios o, incluso, la dirección de bibliotecas, hemeroteca s o museos. Este hecho, si bien potencia su vertiente cultural, también le quita tiempo y dedicación a las funciones de archivo, ya que el incremento de trabajo raramente se corresponde con la aportación del personal necesario para cumplir de forma satisfactoria los servicios básicos que necesita esta amplia gama de equipamientos.

Ante la imposibilidad de formar a un archivero que intervenga con destreza en todos los ámbitos de la archivística moderna, especialmente en las organizaciones archivísticas complejas o de grandes dimensiones, algunos autores, como el archivero alemán]. Volker Wagner, defienden que el archivero debería ser un talento múltiple -historiador universitario, educador, científico de la información, gestor cultural, periodista-, con el objetivo de liderar una disciplina amplia y compleja, pero con la capacidad de saberse rodear en cada momento de los colaboradores y especialistas adecuados. En esta apreciación permanece implícita la constatación, muy cierta por otro lado, de que la diversidad de tareas a menudo requiere de los archivero s un perfil de generalista, polivalencia que se hace más evidente en las ciudades o archivos de tipo medio.

Paralelamente, también es evidente que la creciente especialización, tanto de la tipología de archivos como de soportes, cuestiona el modelo del archivero generalista en tanto que perfil único y plantea la imperiosa necesidad de contar con archiveros especialistas capaces de afrontar con garantías la pluralidad de archivos, fondos y soportes.

Así, el archivero francés Olivier Guyotjeannin entiende la especialización e dos formas posibles:

a) Una especialización según el tipo de actividades (prearchivo, evaluación, publicadón de instrumentos de descripción, clasificación, conservación y resauración).

b) Una especialización según el tipo de documentos:

- Según la época de los documentos (es decir, fondos abiertos o cerrados).

- Según el tipo de fondo (privado, económico, hospitalario, etc.).
- Según los soportes de los documentos (electrónicos, audiovisuales, gráficos y cartográficos, impresos).

Parece lógico, además, que la mayor demanda de archiveros especialistas provenga de los grandes centros archivísticos (archivos nacionales o generales, archivos departamentales o provinciales, archivos de las grandes ciudades o corporaciones), vista la complejidad y la especialización inherente a sus funciones.

En último término, parece poco recomendable y dudosamente operativo plantear la existencia de dos profesionales con una capacitación de base distinta: una para el archivero generalista y otra para el especialista. En principio, la lógica aconseja formar a archiveros generalistas con una amplia base cultural, teórica y práctica, y posteriormente dotarlos de una formación especializada según los tipos de archivos, fondos o soportes. En este sentido, entendemos que en ambos casos se debería recibir una formación secuencial y acumulativa, de modo que la formación generalista de carácter científico se debería conseguir en

a licenciatura universitaria y la especialización, en cursos de posgrado.

Finalmente, cabe decir que la archivística es una ciencia con una tendencia irreversible a la especialización. La creciente asunción de la utilidad de las tecnologías de la información y de algunas técnicas de la documentación -elementos que, lejos de debilitar la archivística, no han hecho más que afirmar sus potencialidades- plantea un futuro en el que el archivero se verá obligado a formarse en nuevas áreas y en el que deberá considerar la posibilidad de una especialización

dentro de la especialización, visto el elevado valor otorgado a la información en el ámbito de la empresa privada.